

KORIMBA.COM

STORY IN SPANISH

RUDYARD KIPLING

LA LEGIÓN PERDIDA

Cuando estalló el motín de la India, y muy poco antes del asedio de Delhi, un regimiento de caballería irregular indígena hallábase estacionado en Peshawar, en la frontera de la India. Ese regimiento se contagió de lo que John Lawrence calificó por aquel entonces de “manía general”, y se habría pasado a los rebeldes si se le hubiera dado la ocasión de hacerlo. Esa ocasión no llegó, porque cuando el regimiento emprendió su marcha hacia el Sur, se vio empujado por el resto de su cuerpo de ejército inglés, que lo metió por las colinas del Afganistán, donde las tribus recién conquistadas se volvieron contra él lo mismo que lobos contra el macho que guía el rebaño de cabras.

Fue perseguido, con el ansia de arrebatarse sus armas y equipo, de monte en monte, de cañada en cañada, pendiente arriba y pendiente abajo, por los cauces secos de los ríos y contorneando los grandes peñascos, hasta que desapareció lo mismo que desaparece el agua en la arena; ése fue el final de aquel regimiento rebelde y sin oficiales. El único rastro que queda hoy de su existencia es una lista de nombres escrita con limpia letra redondilla y autenticada por un oficial que firmó Ayudante del que fue regimiento de caballería irregular.

El papel del documento está amarillo por efecto de los años y del polvo, pero en el reverso del mismo puédense leer aún las líneas escritas con lápiz por John Lawrence, que dicen así:

Tómense las medidas necesarias a fin de que los dos oficiales indígenas que permanecieron leales no se vean desposeídos de sus tierras. (J. L.)

Sólo dos entre los seiscientos cincuenta sables estuvieron a la altura del deber, y John Lawrence halló tiempo para acordarse de sus merecimientos en medio de todas las angustias de los primeros meses de la rebelión. Este episodio ocurrió hace más de treinta años, y los guerreros de las tribus del otro lado de la frontera del Afganistán que ayudaron a aniquilar el regimiento son en la actualidad ancianos. De cuando en cuando algún hombre de barba blanca habla de la parte que tuvo en la degollina, y suele decir:

—Cruzaron muy orgullosos la frontera, invitándonos a sublevarnos y a matar a los ingleses, para luego dirigirnos todos a participar en el saqueo de Delhi. Los ingleses sabían que aquellos hombres eran unos fanfarrones y que el Gobierno daría pronta

cuenta de aquellos perros de las tierras bajas. En vista de ello, acogimos al regimiento de indostánicos con buenas palabras, y conseguimos que no se movieran de donde estaban hasta que los de las guerras encarnadas vinieron contra ellos encorajinados y furiosos.

»Entonces aquel regimiento se metió un poco más dentro por nuestros montes para escapar de la cólera de los ingleses, y nosotros tomamos posiciones en sus flancos, acechando desde las laderas de los montes hasta el momento en que estuvimos seguros de que tenían cortada la retirada. Entonces nos lanzamos sobre ellos porque queríamos despojarlos de sus ropas, de sus monturas, de sus rifles y de sus botas..., sobre todo de sus botas. Hicimos una gran matanza... Una matanza sin ninguna prisa.

Al llegar a este punto, el anciano se frotará la nariz, agitará sus largos bucles retorcidos, se relamerá los labios barbudos y sonreirá hasta exhibir las encías de sus dientes amarillos. Luego seguirá diciendo:

—Sí; los matamos porque teníamos necesidad de su equipo y porque sabíamos que Dios había entregado sus vidas en nuestras manos para que pagasen el pecado que habían cometido. El pecado de haber sido traidores a la sal que habían comido.

»Cabalgaron arriba y abajo, por los valles, tropezando y dando tumbos en sus sillas, al mismo tiempo que vociferaban pidiendo a gritos misericordia. Nosotros los fuimos empujando lentamente, igual que a un rebaño, hasta que estuvieron todos reunidos en un solo lugar, en el valle llano y ancho de Sheor Kot. Muchos habían muerto de sed, pero quedaban todavía muchos más y eran incapaces de ofrecer resistencia. Nos metimos entre ellos, arrojándolos del caballo a tierra con nuestras manos hasta dos a un tiempo, y aquellos de nuestros muchachos que eran nuevos en el manejo de la espada los mataron. La parte que me correspondió en el botín fue ésta y ésta, tantos fusiles y tantas monturas.

»En aquel entonces las escopetas eran muy apreciadas. Hoy robamos rifles que pertenecen al Gobierno y despreciamos las armas que no tienen el cañón rayado. Sí, sin duda alguna que borramos a aquel regimiento de la faz de la tierra, e incluso el recuerdo de aquella acción está ya casi olvidado. Pero dicen algunos hombres...

Al llegar a este punto, el relato se corta bruscamente y resulta imposible averiguar qué dicen los hombres del otro lado de la frontera. Los afganos fueron siempre una raza muy callada y preferían con mucho cometer una mala acción a soltar prenda respecto a lo que habían hecho. Permanecían tranquilos y se comportaban muy bien durante muchos meses, y de pronto, una noche cualquiera, sin decir palabra ni enviar advertencia, atacaban un puesto de Policía, rebanaban la cabeza a un par de guardias, se precipitaban sobre una aldea, raptaban tres o cuatro mujeres y se retiraban, bajo el rojizo resplandor de las chozas que ardían, arreando delante de ellos el ganado vacuno y cabrío para llevárselo a sus montes desolados.

En esas ocasiones el Gobierno de la India recurría casi a las lágrimas. Empezaba por decir:

—Por favor, sed buenos y os perdonaremos.

La tribu que había tomado parte en el último desaguisado se llevaba colectivamente el dedo pulgar a la nariz y contestaba con rudeza. Entonces el Gobierno decía:

—¿No sería preferible para vosotros que pagaseis una pequeña suma por aquellos pocos cadáveres que la otra noche dejasteis al retiraros?

Al llegar a ese punto la tribu contemporizaba, recurría a la mentira y a las fanfarronadas, y algunos de los hombres más jóvenes, simplemente para demostrar su desdén hacia la autoridad, realizaban otra incursión contra otro puesto de Policía y disparaban sus armas contra alguno de los fuertes contruidos de barro en la frontera; si la suerte los acompañaba, mataban a algún oficial inglés auténtico. Entonces el Gobierno decía:

—Tened cuidado, porque si os empeñáis en seguir esa línea de conducta perderéis con ello.

Si la tribu estaba bien enterada de lo que ocurría en la India, presentaba sus excusas o contestaba con rudeza, según que las noticias que poseía le indicaban si el Gobierno andaba atareado en otros menesteres o se hallaba en condiciones de dedicar toda su atención a las hazañas de la tribu. Había algunas tribus que sabían con exactitud hasta qué número de muertos podían llegar. Pero otras se exaltaban, perdían la cabeza y le decían al Gobierno que viniese a vérselas con ellos.

El Gobierno, con dolor y lágrimas, y con un ojo puesto en el contribuyente británico de Inglaterra, que se empeñaba en considerar tales ejercicios militares como atropelladoras guerras de anexión, preparaba una costosa brigadilla de campaña y algunos cañones, y despachaba todo hasta los montes para arrojar a la tribu culpable fuera de sus valles en que crecía el maíz y obligarla a refugiarse en la cima de los montes, en donde no encontraban nada que comer. Entonces la tribu reunía todas sus fuerzas y entraba gozosa en campaña, porque sabía que sus mujeres serían siempre respetadas, que se cuidaría de sus heridos, sin someterlos a mutilaciones, y que en cuanto quedase vacío el talego de maíz que cada hombre llevaba auestas le quedaba siempre el recurso de rendirse y de entrar en tratos con el general inglés, a pesar de que se hubiesen conducido como auténticos enemigos.

Llegados a un acuerdo, y después que hubiesen pasado años, muchos años, la tribu pagaría al Gobierno el precio de la sangre, moneda a moneda, y entretendría a los hijos contándoles que habían matado a los soldados de guerrera roja por millares. El

único inconveniente de esta clase de guerra excursionista era la debilidad de los hombres de guerreras rojas, que no llegaban jamás a volar solemnemente, a fuerza de pólvora, las torres fortificadas y los refugios de los rebeldes.

Las tribus consideraban esta conducta como una ruindad. Entre los jefes de las tribus más pequeñas --de aquellos clanes poco numerosos que conocían al penique el gasto que representaba poner en campaña contra ellos a las tropas blancas--, contábase un sacerdote --bandido jefe, al que vamos a llamar el Gulla Kutta Mullah.

Sentía por los asesinatos de frontera un entusiasmo tal, que había llegado a convertirlos en obras de arte casi nobles. Mataba por pura maldad a un mensajero portador del correo, o atacaba con fuego de rifle un fuerte de barro en el momento en que, según él lo sabía, nuestros hombres necesitaban dormir. En sus épocas de descanso iba de visita a las tribus vecinas, esforzándolas por arrastrarlas a cometer actos malvados. Tenía, además, una especie de hotel para los demás fugitivos de la justicia en su propia aldea, situada en un valle llamado Bersund.

Todo asesino que se respetase a sí mismo tenía que recalar en Bersund, si había actuado por aquella parte de la frontera, porque todos consideraban esa aldea como lugar completamente seguro. La única vía de acceso al valle era un estrecho desfiladero, que podía convertirse en trampa mortal en menos de cinco minutos. Estaba rodeado de altos montes, considerados inaccesibles para todos cuantos no hubiesen nacido en la montaña. Allí vivía el Gulla Kutta Mullah con gran pompa, como jefe de una colonia de casuchas de barro y de piedras, y no había casucha en que no colgasen como trofeos un trozo de guerrera roja o lo robado a algún muerto.

El Gobierno tenía el más vivo interés en capturar a ese hombre, y en cierta ocasión lo invitó formalmente a que saliese del valle y se dejase ahorcar para responder de unos pocos de los asesinatos en que había participado de una manera directa. Pero él contestó:

—Yo vivo a sólo veinte millas, en un vuelo de cuervo, de vuestra frontera. Venid por mí.

El Gobierno le contestó:

—Algún día iremos, y será ahorcado.

El Gulla Kutta Mullah se olvidó del incidente. Sabía que la paciencia del Gobierno era tan larga como un día de verano; pero no había caído en la cuenta de que su brazo era tan largo como una noche de invierno. Meses después, cuando reinaba la paz en las fronteras y toda la India estaba tranquila, el Gobierno se despertó un instante de su sueño y se acordó del Gulla Kutta Mullah y de sus trece fugitivos de la justicia. Enviar contra él aunque sólo fuese un regimiento se había considerado como altamente

impolítico, porque los telegramas que se enviarían a Inglaterra lo convertirían en guerra seria.

Eran tiempos en que había que obrar en silencio y con rapidez, y, sobre todo, sin derramar sangre. Es preciso informar al lector de que en la frontera noroeste de la India se halla desparramada una fuerza militar de unos treinta mil hombres de infantería y de caballería, cuya misión consiste en vigilar calladamente y sin ostentación a las tribus que tienen frente a ellos. Van y vienen, en marchas y contramarchas, desde un pequeño puesto desolado hasta otro; lo tienen todo dispuesto para lanzarse al campo a los diez minutos de recibida la orden; la mitad de esa fuerza está siempre metida en un zafarrancho cuando la otra mitad acaba de salir del mismo, en un punto o en otro de la monótona línea; las vidas de esos hombres son tan duras como sus propios músculos, y los periódicos no hablan nunca de ellos.

El Gobierno entresacó sus hombres de esta fuerza. En una posición en que la Patrulla Montada Nocturna hace fuego como primer aviso a los malhechores, y donde los trigales se balancean en largas olas bajo nuestra fría luna norteña, estaban cierta noche los oficiales jugando al billar en la casa de paredes de barro del club, cuando le llegó la orden de que tenían que formar en el cuadrilátero de ejercicios para realizar un entrenamiento nocturno.

Refunfuñaron y se dirigieron a sacar al aire libre a sus fuerzas, formadas por un centenar de ingleses, doscientos gorkhas y cosa de un centenar de jinetes de la mejor caballería indígena del mundo. Cuando estuvieron formados en el cuadrilátero de maniobras se les comunicó, cuchicheando, que tenían que salir en el acto para cruzar los montes y caer sobre Bersund. Las tropas inglesas se apostarían alrededor de los montes, a un lado del valle; los gorkhas se apoderarían del desfiladero y de la trampa mortal, y la caballería, después de un largo rodeo, saldría a espaldas del gran círculo de montañas y podría, si se ofrecía alguna dificultad, cargar cuesta abajo contra los hombres del Mullah.

Pero había órdenes rigurosísimas de que de ningún modo hubiese lucha ni alboroto. Tenían que regresar por la mañana al puesto, con sus cartucheras intactas, trayendo amarrados en medio de ellos al Mullah y a sus trece bandidos.

Si salían con éxito de la empresa, nadie se enteraría de ella ni daría importancia a lo realizado; pero el fracaso equivaldría probablemente a una pequeña guerra fronteriza, en la que Gulla Kutta Mullah adoptaría el papel de jefe popular que hacía frente a una gran potencia atropelladora, y no el que verdaderamente le correspondía: el de un asesino vulgar de la frontera. Reinó acto seguido el silencio, interrumpido tan sólo por el chasquido metálico de las agujas de las brújulas y de las tapas de los relojes, cuando los jefes de las columnas comparaban datos y marcaban situaciones y horas en que tenían que coincidir.

Cinco minutos después el cuadrilátero de maniobras estaba desierto; las guerreras verdes de los gurkhas y los capotes de las tropas inglesas se habían esfumado en la oscuridad, y la caballería se alejaba al paso en medio de una llovizna cegadora. Más adelante veremos lo que hicieron los ingleses y los gurkhas. La tarea más pesada correspondía a los hombres de a caballo, que tenían que hacer una larguísima caminata, desviándose de los lugares habitados. Muchos de los jinetes eran nacidos en aquella región y estaban ansiosos de pelear contra los de su propia sangre, y había algunos oficiales que habían realizado con anterioridad incursiones particulares y sin sello oficial por aquella zona montañosa.

Cruzaron la frontera, encontraron el lecho seco de un río y avanzaron por él al trotecito, se metieron al paso por una garganta pedregosa, se arriesgaron, al amparo de la niebla, a cruzar un montecito bajo; contornearon otro monte, dejando las huellas profundas de los cascos en una tierra arada; avanzaron tanteando por otro lecho de río, salvaron a buen paso la garganta de una estribación, pidiendo a Dios que nadie oyese el relinchar de sus caballos, y de ese modo fueron avanzando entre la lluvia y la oscuridad hasta dejar Bersund y su cráter de colinas un poco atrás y hacia la izquierda; es decir, que había llegado el momento de torcer el rumbo.

La cuesta del monte que dominaba la retaguardia de Bersund era escarpada, e hicieron alto para cobrar resuello en un valle ancho y llano que había debajo de la cima. En realidad, lo que ocurrió fue que los jinetes tiraron de la rienda; pero los caballos, a pesar de su fatiga, rehusaron detenerse. Se oyeron tacos irreverentes, tanto más irreverentes cuanto que se pronunciaban cuchicheando, y se escuchaba el crujir de las sillas en la oscuridad al dar empujones hacia adelante los caballos. El suboficial que iba en la retaguardia de un grupo se volvió en su silla y dijo en voz muy baja:

—Carter, ¿qué diablos anda usted haciendo en la retaguardia? Haga subir a sus hombres.

Nadie contestó, hasta que un soldado dijo:

—Carter Sahib está en la vanguardia y no aquí. Detrás de nosotros no hay nada.

—¡Ya está! —exclamó el suboficial—. El escuadrón se está pisando su propia cola.

En ese momento, el comandante que mandaba la fuerza vino hacia la retaguardia, lanzando tacos entre dientes y pidiendo la sangre del teniente Halley, que era precisamente el suboficial que acababa de hablar, y al que el comandante habló así:

—No pierda de vista a su retaguardia. Se han extraviado algunos de sus condenados ladrones. Ellos están a la cabeza del escuadrón, y usted es un idiota por dondequiera que se le mire.

—¿Daré orden a mis hombres de echar pie en tierra? —preguntó, huraño, el suboficial porque se sentía mojado y frío.

—¿Que echen pie a tierra? —exclamó el comandante— ¡Vive Dios que lo que debe hacer es apartarlos a latigazos! Los está usted desperdigando por todo este lugar. ¡Ahora tiene usted a sus espaldas un grupo!

El suboficial dijo con serenidad:

—Eso es lo que yo también creía, pero todos mis hombres están aquí, señor. Sería mejor que hablase a Carter.

—Carter Sahib le envía un saludo y desea saber la causa de que el regimiento se haya detenido —dijo un jinete al teniente Halley.

—Pero ¿dónde diablos está Carter? —preguntó el comandante.

—Está ya en vanguardia, con su escuadrón —fue la respuesta.

—Pero ¿es que estamos paseándonos en círculo, o nos hemos convertido en el centro de toda una brigada? —exclamó el comandante.

Para entonces reinaba el silencio a lo largo de toda la columna. Los caballos permanecían tranquilos; pero por entre el susurro de la llovizna que caía, los hombres oían el pataleo de gran número de caballos que avanzaban por un terreno rocoso.

—Nos están siguiendo subrepticamente —exclamó el teniente Halley.

—Aquí no tienen caballos, y, además, habrían hecho fuego para ahora —exclamó el comandante—. Son los caballitos de los aldeanos.

—En ese caso nuestros caballos habrían relinchado hace ya rato, haciendo fracasar el ataque, porque deben llevar cerca de nosotros lo menos media hora —dijo el suboficial.

—Es cosa rara que nosotros no olfateemos los caballos —dijo el comandante humedeciendo un dedo y frotándolo contra su nariz, al mismo tiempo que olfateaba a contra viento.

—En todo caso, es un mal comienzo —dijo el suboficial sacudiendo la humedad de su capote.

—¿Qué haremos, señor?

—Seguir adelante —dijo el jefe—. Hemos de echarle el guante esta noche.

La columna avanzó vivamente unos cuantos pasos. Luego se escuchó un taco, brotó una lluvia de chispas azules al chocar los cascos herrados sobre una cantidad de piedras pequeñas, y uno de los jinetes rodó por el suelo con un ruido metálico de todo el equipo, que habría sido suficiente para despertar a los muertos.

—Ahora sí que hemos hecho las diez últimas —dijo el teniente Halley—. Todos los que viven en la ladera del monte han debido despertarse, y tendremos que escalarlo haciendo frente a un fuego de fusilería. Estas son las consecuencias de intentar empresas nocturnas.

El jinete caído se levantó tembloroso y trató de explicar que su caballo había tropezado en uno de los montículos que con frecuencia es costumbre levantar con piedras sueltas en el lugar en que alguien ha sido asesinado. No hacía falta andarse con razones. El robusto corcel australiano del comandante fue el que tropezó a continuación, y la columna hizo alto en un terreno que parecía ser un auténtico cementerio de montículos, que tendrían todos unos dos pies de altura. No entramos en detalles de las maniobras del escuadrón.

Los jinetes decían que aquello producía la sensación de estar bailando rigodones a caballo sin previo entrenamiento y sin acompañamiento de música. Por último, los caballos, rompiendo filas y guiándose por sí mismos, salieron de los túmulos y todos los hombres del escuadrón volvieron a formar y tiraron de la rienda de sus cabalgaduras algunas yardas más arriba, en la cuesta del monte. Entonces, según el relato del teniente Halley, tuvo lugar otra escena muy parecida a la que acabamos de describir. El comandante y Carter estaban empeñados en que no habían formado en las filas todos los hombres y que quedaban algunos en la retaguardia dando tropezones y produciendo ruidos metálicos entre los montículos de los muertos.

El teniente Halley fue llamando por sus nombres otra vez a sus soldados y se resignó a esperar. Más adelante me contó lo que sigue:

—Yo no acertaba a comprender qué ocurría, y tampoco se me daba mucho de ello. El estrépito que armó aquel jinete al caer tenía que haber alarmado a toda la región, y yo habría jurado que éramos perseguidos furtivamente a retaguardia por un regimiento entero, por un regimiento que armaba un estrépito como para despertar a todo el Afganistán. Permanecía muy tieso en mi silla, pero no ocurrió nada.

»Lo misterioso de aquella noche era el silencio que se observaba en la ladera del monte. Todos sabíamos que el Gulla Kutta Mullah tenía sus casitas de centinelas en la ladera exterior del monte, y todos esperábamos que para cuando el comandante se hubiese calmado a fuerza de tacos, aquellos hombres que estaban de guardia habrían

abierto fuego contra nosotros. Al no ocurrir nada, se dijeron todos que las ráfagas de la lluvia habían amortiguado el ruido de los caballos, y se lo agradecieron a la Providencia. Por último, el comandante quedó convencido: a) de que no había quedado nadie rezagado entre los montículos, y b) de que no era seguido en la retaguardia por un cuerpo numeroso y fuerte de caballería.

»Los hombres estaban ya completamente malhumorados, los caballos estaban inquietos y cubiertos de espuma, y todo el mundo anhelaba la llegada del día. Iniciaron la subida hacia lo alto del monte, llevando cada hombre con mucho tiento su montura. Antes que hubiesen salvado las cuestas inferiores, o de que hubiesen empezado a tensarse los petos, estalló a sus espaldas una tormenta de truenos que fue retumbando por los montes bajos y ahogando cualquier clase de ruido, como no fuese el de un disparo de cañón.

»El resplandor del primer relámpago puso a su vista las costillas desnudas de la ladera del monte, la cima, que se destacaba en un color azul acerado sobre el fondo del cielo negro; las líneas delgadas de la lluvia que caía, y a pocas yardas de su flanco izquierdo, una torre de guardia afgana, de dos pisos, construida de piedra, y a la que se entraba por una escalera que colgaba del piso superior.

»La escalera estaba levantada, un hombre armado de un rifle avanzaba el cuerpo fuera del antepecho de la ventana. La oscuridad y el trueno se echaron encima en ese momento, y cuando se restableció la calma gritó una voz desde la torre de guardia:

»—¿Quién va allá?

»La caballería permaneció inmóvil, pero todos sus hombres empuñaron cada cual su carabina y se situaron a un costado de sus caballos. De nuevo gritó aquella voz:

»—¿Quién va allá? —y luego, en tono más agudo—: ¡Oh hermanos, dad la alarma!

»Pues bien: cualquiera de aquellos jinetes habría preferido morir dentro de sus altas botas antes que pedir cuartel; pero la realidad es que la respuesta a la segunda intimación fue un largo gemido:

»—¡Marf Karo! ¡Marf Karo! —que significa ¡Tened compasión! ¡Tened compasión!

»Eso fue lo que gritó el regimiento que trepaba. Todos los hombres del cuerpo de caballería permanecieron mudos de asombro, hasta que los más fornidos empezaron a cuchichear entre sí:

»—Mir Khan, ¿fue tu voz la que oí? Abdullah, ¿fuiste tú quien llamó?

»El teniente Halley permanecía en pie junto a su corcel, esperando. Mientras no

sonase un tiro todo iba bien.

»El resplandor de otro relámpago iluminó aquel grupo de caballos jadeantes y de cabezas inquietas, y junto a ellos a los hombres de ojos como globos blancos, que miraban muy abiertos, y a la izquierda de ellos la torre de piedra. Esta vez no apareció cabeza alguna en la ventana; el tosco postigo, reforzado de hierro, capaz de resistir a un tiro de rifle, estaba cerrado. El comandante dijo:

»—Avanzad. Por lo menos lleguemos a la cumbre.

El escuadrón avanzó dificultosamente; los caballos agitaban las colas y los hombres tiraban de las riendas, mientras rodaban por la pendiente las piedras y volaban por todas partes las chispas. El teniente Halley afirma que en toda su vida no oyó hacer tanto ruido a un escuadrón. Asegura que treparon como si cada caballo hubiese tenido ocho patas y otro caballo de reserva a sus espaldas. Ni aún entonces se oyó voz alguna en la torre de guardia, y los hombres se detuvieron agotados en el camellón de la cima, desde el que podía verse la sima tenebrosa dentro de la cual quedaba al aldea de Bersund. Se aflojaron las cinchas, se levantaron las cadenillas de las barbadas, se ajustaron las sillas de montar y los hombres se dejaron caer al suelo entre las piedras.

Ocurriese lo que ocurriese, ellos ocupaban ahora una posición dominante para defenderse de cualquier ataque. Cesaron los truenos, y con los truenos cesó la lluvia, y todos ellos se vieron envueltos por la oscuridad tupida y suave de una noche invernal antes que despuntase el día. Todo estaba en silencio, oyéndose únicamente el ruido del agua que corría por las cañadas de las laderas de la montaña. Oyeron el ruido que hizo al abrirse el postigo de la torre de guardia, que quedaba por debajo de ellos, y la voz del centinela, que gritaba:

—¡Oh Hafiz Ullah !

El eco repitió varias veces la última sílaba: “¡la--la--la!” A esa llamada contestó el vigilante de la torre de guardia que se ocultaba al otro lado de la curva del monte:

—¿Qué ocurre, Shahbaz Khan? Shahbaz Khan contestó en el tono agudo que empleaban los montañeses:

—¿Has visto?

El otro contestó:

—Sí, y que Dios nos guarde de los espíritus malos.

Hubo una pausa, y al cabo de ella se oyó gritar:

—Hafiz Ullah, estoy solo. Ven a hacerme compañía.

—Shahbaz Kahn, yo también estoy solo, pero no me atrevo a abandonar mi puesto.

—Eso es mentira; tienes miedo.

Hubo otra pausa más larga y a continuación:

—Tengo miedo. ¡No hables! Siguen todavía debajo de nosotros. Reza a Dios y duerme.

Los soldados de caballería escuchaban atónitos, porque no comprendían que por debajo de las torres de guardia hubiese otra cosa que tierra y piedra. Shahbaz Khan empezó a gritar de nuevo:

—Están debajo de nosotros. Los veo. ¡Por amor de Dios, ven a hacerme compañía, Hafiz Ullah! Mi padre mató a diez de ellos. ¡Ven y hazme compañía!

Hafiz Ullah contestó en voz muy fuerte:

—El mío estuvo libre de pecado. Escuchad, vosotros, hombres de la noche: ni mi padre ni nadie de mi sangre tuvieron parte en aquel crimen. Shahbaz Khan, sufre tú tu propio castigo.

—Habría que tapar la boca a esos hombres, que están cacareando igual que gallos —dijo el teniente Halley, castañeteando debajo de su roca.

Apenas se había dado media vuelta para exponer a la lluvia la otra mitad de su cuerpo, cuando un afgano barbudo, de largas guedejas en tirabuzones, maloliente, que subía monte arriba a todo correr, cayó en sus brazos. Halley se sentó encima de él y le metió por la boca toda la empuñadura de la espada que cupo dentro de la misma. Luego le dijo alegremente:

—Si gritas, te mato.

El hombre estaba tan aterrorizado, que ni a hablar acertaba. Quedó en el suelo temblando y gruñendo. Cuando Halley le quitó de entre los dientes el puño de la espada, el afgano seguía sin poder articular palabra, pero se aferró al brazo de Halley, palpándolo desde el codo hasta la muñeca, y jadeando:

—¡El Rissala! ¡El Rissala muerto! ¡Está allá abajo!

—No; el Rissala, el Rissala, vivo y muy vivo, está aquí arriba —dijo Halley soltando su brida de aguada y atando con ella las muñecas del afgano—. ¿Cómo fuisteis tan estúpidos que nos dejásteis pasar?

—El valle está lleno de muertos —dijo el afgano—. Es mejor caer en manos de los ingleses que en las de los muertos. Allá abajo éstos van y vienen de un lado para otro. Los vi a la luz de los relámpagos.

Al cabo de un rato recobró un poco de serenidad, y dijo cuchicheando, porque Halley le tenía aplicada al estómago la boca de su pistola:

—¿Qué es esto? Entre nosotros no hay guerra, y el Mullah me matará por no haber visto pasar a ustedes.

—No tengas cuidado —le dijo Halley—. Venimos a matar a Mullah, con la ayuda de Dios. Le han crecido demasiado los colmillos. Nada te pasará, a menos que la luz del día nos haga ver que tienes una cara que está pidiendo la horca por los crímenes cometidos... ¿Y qué es eso del regimiento muerto?

—Yo sólo mato del lado de acá de mi frontera —dijo el hombre, denotando un inmenso alivio—. El regimiento muerto está ahí abajo. Los hombres vuestros han debido de pasar por sus tumbas en la subida: son cuatrocientos hombres muertos sobre sus caballos, que tropiezan y dan tumbos entre sus propias sepulturas, entre los montecillos de piedra; todos ellos hombres a los que nosotros matamos.

—¡Fiu! —exclamó Halley—. Eso explica que yo haya maldecido a Carter y que el comandante me haya maldecido a mí. ¿De modo que son cuatrocientos sables, verdad? No es de extrañar que nosotros nos imaginásemos que se habían agregado a nuestra tropa un buen número de extras. Kurruk Shah —cuchicheó a un oficial indígena de pelo entrecano que estaba tumbado a pocos pasos de Halley—, ¿oíste hablar de un Rissala muerto entre estas montañas?

Kurruk Shah contestó con un glogloteo de risa:

—Desde luego que sí. ¿Cómo, de no haberlo sabido, habría pedido a gritos cuartel cuando la claridad del relámpago nos descubrió a los vigías de las torres, yo, que he servido a la reina durante veintisiete años? Siendo yo joven presencié la matanza en el valle de Sheor-Kot, ahí abajo, a nuestros pies, y conozco la leyenda que nació de ese hecho. ¿Pero cómo es posible que los fantasmas de los infieles prevalezcan contra nosotros los creyentes? Aprieta un poco más fuerte las muñecas de ese perro, Sahib. Los afganos son igual que las anguilas.

—Pero hablar de un Rissala muerto es decir una tontería —dijo Halley, dando un tirón a la muñeca de su cautivo—. Los muertos están muertos... Estate quieto, sag.

El afgano se retorció.

—Los muertos están muertos, y por esa razón van y vienen de un lado a otro por la noche. ¿Qué falta hace hablar? Nosotros somos hombres, y tenemos ojos y oídos. Ustedes dos pueden ver y oír a esos muertos al pie de la colina —dijo Kurruk Shah con mucha compostura.

Halley miraba asombrado y permaneció largo rato escuchando con atención. El valle estaba lleno de ruidos ahogados, como ocurre en todos los valles por la noche; pero sólo Halley sabe si él vio o escuchó cosas que se salían de lo natural, y no le gusta hablar acerca del tema. Por último, cuando iba a despuntar el día, subió hacia lo alto un cohete verde lanzado en el lado opuesto del valle de Bersund, a la entrada del desfiladero, para hacer saber que los gorkhas ocupaban ya su posición.

Una luz roja de la infantería, que estaba colocada a derecha e izquierda, respondió a la señal, y la caballería encendió una bengala blanca. Los afganos duermen hasta muy tarde durante el invierno, y era ya pleno día cuando los hombres de Gulla Kutta Mullah empezaron a salir de sus casuchas frotándose los ojos. Entonces vieron a hombres de uniformes verdes, rojos y pardos apoyados en sus fusiles y muy lindamente dispuestos alrededor del cráter de la aldea de Bersund, formando un cordón que ni siquiera un lobo habría sido capaz de romper. Se frotaron todavía más los ojos cuando un joven de cara sonrosada, que ni siquiera pertenecía al Ejército, sino que representaba al Departamento Político, avanzó monte abajo con dos ordenanzas, llamó con unos golpes a la puerta del Gulla Kutta Mullah y le dijo tranquilamente que saliese afuera y se dejase atar, para mayor comodidad durante el transporte.

Este mismo joven fue de casucha en casucha, dando ligeros golpecitos con el bastón, aquí a un bandolero y allí a otro; en el momento en que lo señalaba con su bastón, cada uno de esos individuos era amarrado, y miraba con ojos de asombro y desesperanza a las alturas circundantes, desde las que los soldados ingleses miraban hacia el valle con despreocupación. Únicamente el Mullah trató de desahogarse con maldiciones y frases gruesas, hasta que el soldado que le estaba amarrando las muñecas le dijo:

—¡Ni una palabra más! ¿Por qué no saliste al frente cuando se te ordenó, en lugar de tenernos en vela toda la noche? ¡Vales menos que el barrendero de mi cuartel, viejo narciso de cabeza blanca! ¡Andando!

Media hora después las tropas se habían marchado de la aldea, llevándose al Mullah y a sus trece amigos. Los atónitos aldeanos contemplaban con dolor el montón de mosquetes rojos y de espadas hechas pedazos, diciéndose cómo habían podido ellos calcular tan equivocadamente la paciencia del Gobierno de la India. Fue una operación pequeña y bonita, llevada a cabo limpiamente, y los hombres que en ella habían tomado parte recibieron una expresión, no oficial, de agradecimiento por sus servicios. Sin embargo, yo creo que corresponde una buena parte del mérito a aquel otro regimiento cuyo nombre no figuró en la orden del día de la brigada y cuya mera

exis-tencia corre peligro de caer en el olvido.